



C. CRESPO TORAL
A EDUCACIÓ
CRISTIANA
DE LA
JUVENTUD



BV1549

.2

C7

1905

c.1





EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080022620



EX
HEMETH
Ep

A. J. ou

6433

LA EDUCACIÓN CRISTIANA
DE LA JUVENTUD.



Cornelio Heraspo Joraf.

LA
UNIVERSIDAD CRISTIANA
DE BREVES



UNIVERSIDAD CRISTIANA DE BREVES
Biblioteca Universitaria

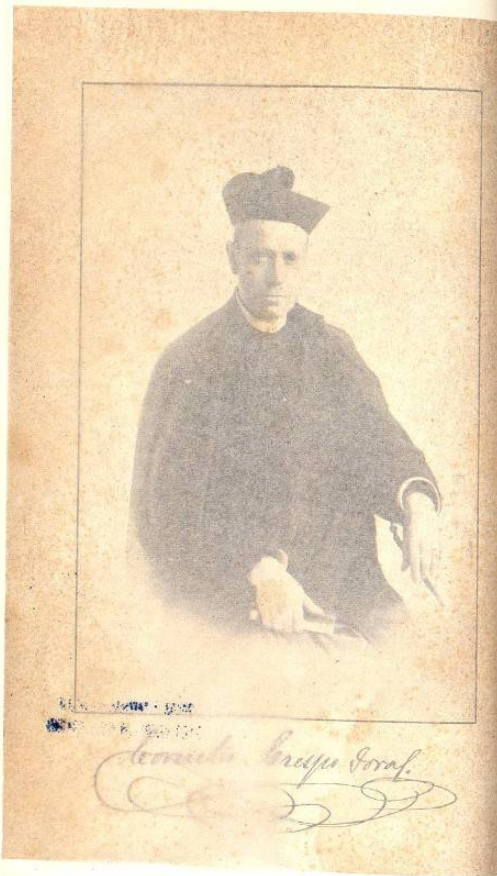
UNIVERSIDAD CRISTIANA DE BREVES

UNIVERSIDAD CRISTIANA DE BREVES

UNIVERSIDAD CRISTIANA DE BREVES

UNIVERSIDAD CRISTIANA DE BREVES

47532



LA
EDUCACIÓN CRISTIANA
DE LA JUVENTUD.

POR

CORNELIO CRESPO TORAL
CANÓNIGO DE LA IGLESIA METROPOLITANA DE QUITO.

SEGUNDA EDICIÓN

CORREGIDA Y CONSIDERABLEMENTE AUMENTADA, PRUEBA DE APROBACIONES Y RECOMENDACIONES ECLESIASTICAS, Y FRECUENCIA DE UN JUICIO DEL SR. DR. HONORATO VÁSQUEZ, MIEMBRO DE LA ACADEMIA ECUATORIANA DE LA LENGUA, CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA Y RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DEL AZUAY.

CON EL RETRATO DEL AUTOR.



Valencia y Teller
Cúpula Alonsina
Biblioteca Universitaria

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA) 1905.
B. HERDER

LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO.
VIENA, ESTRASSBURGO, MUNICH Y SAN LUIS.

47532

BV1549.2
C7
1905



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Imprimerur.

Friburgi Brisgovie, die 13 Junii 1905.

‡ THOMAS, Archiepps.

Es propiedad.

Tipografía de B. HERBER en Friburgo de Brisgovia.

000000

APROBACIONES ECLESIASTICAS.

Arzobispado de Santiago de Chile.

Visto el informe del Revisor nombrado, Pdo. Don Alejandro Larraín, se concede la licencia necesaria para la impresión y publicación de la obra intitulada «La Educación Cristiana de la Juventud», escrita por el Pdo. Don Cornelio Crespo Toral. Tómese razón.

Santiago, 27 de abril de 1901.

El Arzobispo de Santiago.

CLARO,
Secretario.

Gobierno Eclesiástico de la Arquidiócesis de Quito.

Habiéndonos informado el Señor Arceidiano de nuestra Iglesia Metropolitana de Quito, Doctor Don Juan de Dios Campuzano, que ha revisado con prolijidad el manuscrito sobre «educación cristiana de la juventud», compuesto por el Señor Canónigo Doctoral de la misma iglesia, Doctor Don Cornelio Crespo Toral, y que la doctrina en él contenida está en todo conforme a la enseñanza católica, y apoyada, además, en la de autores distinguidos y netamente ortodoxos, aprobamos por nuestra parte dicho manuscrito, permitimos su impresión, y recomendamos como muy útil su lectura á cuantos se interesan en la formación cristiana de la juventud estudiosa.

Quito, á 20 de octubre de 1900.

† PEDRO RAFAEL,
Arzobispo de Quito.

CARLOS MARÍA DE LA TORRE,
Secretario.

011399

*Al Reverendísimo Señor Administrador Apostólico,
Doctor Don Benigno Palacios.
Presente.*

Reverendísimo Señor:

Íntegra tenía yo leída, en su primera edición, «La Educación Cristiana de la Juventud», por el Señor Canónigo Doctoral de la Metropolitana de Quito, Doctor Cornelio Crespo Toral; y qué juicio me mereciese este libro, lo expresé extensamente en «La Unión Literaria». Mas habiéndome Vuestra Señoría Reverendísima encargado de revisar el manuscrito preparado para la segunda edición de la misma obra, lo he examinado despacio, y cabeme el honor de manifestarle que, en mi concepto, el retine todas las condiciones apetecibles para que merezca la aprobación y aun recomendación de Vuestra Señoría Reverendísima, como también la más favorable acogida por parte de toda la sociedad, singularmente de los padres de familia, de los institutores y de la juventud estudiosa de uno y otro sexo. En efecto, su doctrina, ceñida estrictamente al dogma y la moral del catolicismo, ilustrada con irrefragables pruebas de la ciencia y de la experiencia, y confirmada con gran número de autoridades respetables, algunas de los mismos enemigos, *apologistas involuntarios* de nuestra santa religión; hállese distribuida conforme á un plan más científico y práctico que en la primera edición; de modo que, evitados ambos extremos, el de la superficialidad y el de la nimiedad, nada de importante se omite de cuanto al asunto concierne, ni tampoco se fatiga al lector con una erudición indigesta ó impertinente; pues si bien es vasta la que posee el autor, sabe hacer de ella un uso moderado y oportuno, con arreglo al buen gusto literario de la época. La dición es noble y castiza; el estilo natural, fluido, variado, ameno; el conjunto homogéneo, bien dispuesto, lleno de vida, sostenido por una acerada lógica y embellecido por una claridad que encanta; pero lo que propiamente anima la obra, realzando mucho su mérito, es la profunda convicción y piedad cristiana que la han dictado y que no podrán menos que arrastrar en pos de sí á cuantos la lean.—Sí á la primera edición tributó justamente el Señor Canónigo Larrain grandes elogios, mayores aun los merece esta segunda, en parte refundida, en parte ampliada, y en todo mejorada. Por último, el autor, al tanto de los novísimos adelantos de la ciencia á que ha consagrado su vida entera, enriquece esta segunda edición de su obra, no menos en la primera que en la segunda parte, con nuevas y numerosas citas

de los autores pedagógicos más recientes ó más renombrados.— En conclusión, y salvo el mejor parecer de Vuestra Señoría Reverendísima, esta obra es magistral en el fondo y en la forma, interesantísima por las vitales cuestiones de actualidad que ventila, y perfectamente adecuada al noble fin que se propone. Ella honra altamente, no sólo al autor, tan benemérito ya de la Iglesia ecuatoriana, sino también á las letras y á la Patria, como lo ha declarado unánime la prensa americana y europea. Dios guarde á Vuestra Señoría Reverendísima.

Cuenca, septiembre veinte de mil novecientos tres.

FR. VICENTE MARÍA CAICEDO, Prior O. Pr.

Administración Apostólica de Cuenca.

Visto el informe del Revisor, M. R. P. Fr. Vicente María Caicedo, Prior del Convento de Santo Domingo de esta ciudad, acerca del manuscrito que contiene las interesantísimas enmiendas y adiciones que ha tenido por bien agregar el Señor Doctor Cornelio Crespo Toral, dignísimo Canónigo Doctoral de la Metropolitana de Quito, tanto á la primera como á la segunda parte de su importante obra «La Educación Cristiana de la Juventud», conocida ya y justamente encomiada en Sudamérica y en algunos países de Europa, concedemos licencia para que el expresado señor canónigo pueda mandar imprimir una segunda edición de dicha obra, con las indicadas enmiendas y adiciones; porque estamos persuadidos de que la segunda edición será aun más útil á todas las clases de la sociedad, y en especial á los educadores, una vez que va á acrecentarse el mérito de ella con las enseñanzas que el autor da en su nuevo libro, fruto precioso de su estudio y de la práctica en la prudente y sabia dirección de muchos años á la juventud. Las expresadas adiciones y enmiendas obedecen á un plan más práctico y científico, aclaran y mejoran las enseñanzas consignadas en la primera edición de la precitada obra; y tanto éstas como aquellas las aprobamos por estar en todo conformes con la doctrina católica.

Cuenca, septiembre veintidós de mil novecientos tres.

BENIGNO PALACIOS,
Administrador Apostólico.

ALGUNAS CARTAS LAUDATORIAS.

El Excmo. Señor Cardenal Rampolla, Roma:

Me llegaron dos ejemplares de la obra cuyo título es «La Educación Cristiana de la Juventud», que V. S. me ha remitido con su carta del 25 de abril p. p., y he cuidado de poner en manos del Santo Padre el ejemplar á Él destinado. Tengo, por tanto, el placer de manifestarle el vivo agrado con que Su Santidad ha acogido el devoto homenaje de V. S. y de expresarle también que el mismo Santo Padre se complace del celo con que V. S. se empeña en procurar el bien espiritual de la juventud. Por este motivo el Sumo Pontífice bendice de todo corazón á V. S. y á su trabajo; y yo, al comunicarle esta fausta noticia, aprovecho con mucho gusto la ocasión de agradecerle por la copia de dicho libro, cortésmente á mí ofrecido.

(Junio 30 de 1902.)

El Excmo. y Rñmo. Mons. Dr. D. José Macchi, Arzobispo de TheSalónica, Nuncio Apostólico en el Brasil, Petrópolis:

Me propongo leer despacio su obra; la que, al sólo hojearla, me ha parecido oportunísima, y, por el conjunto de las materias, bastante nueva. Reciba, pues, V. S. mis calurosas felicitaciones.

(Julio 6 de 1901.)

El Excmo. y Rñmo. Mons. Dr. D. Pedro Gasparri, Arzobispo de Cesarea, Roma:

He tenido el gusto de recibir la atenta carta que V. S. me ha escrito con fecha 13 de julio, con una copia del tratado sobre educación de la juventud. Le agradezco vivamente su atención; y habiendo leído una parte de su trabajo, me permito felicitarle. ¡Ojalá todos los que se ocupan en la educación de la juventud, tuviesen siempre presentes los principios que V. S. establece con tanta evidencia! Muy pronto la sociedad quedaría reformada, y la Iglesia no tendría que deplorar tantas injusticias y persecuciones.

(Septiembre 7 de 1901.)

El Excmo. y Rñmo. Señor Arzobispo de Bogotá:

Aunque he podido recorrer apenas el trabajo de Vd., si he podido formarme idea de su importancia, no menos que de la manera como Vd. lo ha llevado á cabo. Por lo cual, al darle las gracias por el envío que se ha servido hacerme, me permito felicitar á Vd. por su labor. Espero que el ejemplo de Vd. será fecundo, y hallará imitadores en nuestro clero de América para elucidar una cuestión que es de vital importancia; más ahora cuando se trabaja con tanto tesón en todas partes por descatalogar á las nuevas generaciones por medio de la educación sin Dios.

(Octubre 14 de 1901.)

El Excmo. y Rñmo. Señor Arzobispo de Buenos Aires:

Agradezco infinito su obra acerca de la educación cristiana de la juventud, correcta, conforme á la enseñanza de la Iglesia y adaptada al uso de la juventud á quien va dirigida, bendiciéndola afectuosamente.

(Agosto 6 de 1901.)

El Excmo. y Rñmo. Señor Arzobispo de Montevideo:

Muy honrado con el regalo de la obra «Educación Cristiana», que V. S. acaba de publicar, me es sumamente grato felicitarlo por tan hermoso trabajo, que viene á llenar una verdadera necesidad en la pedagogía católica; puesto que, sin faltarle originalidad, es un resumen de vastos conocimientos en tan importante materia; estando además redactado con gran erudición, criterio elevado y con un estilo digno y sobrio. Ha hecho, pues, un gran servicio á la causa interesantísima de la educación cristiana.

(Junio 17 de 1901.)

El Excmo. y Rñmo. Señor Arzobispo de Santiago de Chile:

Agradezco á Vd. el obsequio de la importantísima obra sobre la educación cristiana, que hará mucho bien á la juventud y que leeré con verdadero placer.

(Mayo 25 de 1901.)

El Ilmo. y Rñmo. Señor Obispo de Arequipa:

He recibido su importantísima obra «La Educación Cristiana». Le felicito y hago votos porque produzca en la sociedad los grandes bienes que está llamada á producir.

(Julio 8 de 1901.)

El Ilmo. y Rñmo. Señor Obispo de Guayaquil:

Tengo á la vista su carta, con la que me remite su preciosa elucubración sobre la educación cristiana, en la cual ha podido Vd. poner en compendio cuantas obras voluminosas se han

escrito en esta materia y que no son leídas por su difusión. He visto el plan y he leído algunos capítulos, y su obra me ha satisfecho plenamente. Le felicito, pues, de que el Señor le haya dado salud y oportunidad para publicar un libro tan útil.

(Julio 10 de 1901.)

El Ilmo. y Rño. Señor Obispo de La Serena:

Tan pronto como recibí su libro sobre educación cristiana, me he puesto a leerlo con gran interés; y me es grato manifestarlo, por haber unido en su obra, a la interesante materia de que trata, *la galanura del lenguaje, la claridad de la exposición y la fuerza indestructible de sus argumentos.*

(Junio 10 de 1901.)

El Ilmo. y Rño. Señor Obispo de Tucumán:

Juzgo su libro *de gran importancia en nuestros países*, donde la masonería trabaja sin descanso en secularizar la educación. Dios quiera bendecir sus desvelos... Conservaré su libro como un recuerdo de Vd., y como un fruto de su ilustración y de su celo.

(Agosto 15 de 1901.)

AL LECTOR.

La aparición de obras de diversos géneros literarios señala el relativo vigor de una literatura, pues indica el carácter de la originalidad personal de los autores, el paralelo de la oportunidad social, y, al mismo tiempo, la soberanía de los autores al no guiar su trabajo por las transparencias de las falsillas impuestas por la moda.

En el Ecuador, como en casi todas las repúblicas hispano-americanas, lirismo, literatura periódica, ensayos dramáticos, han seguido, salvo pocas excepciones, el curso de los figurines europeos, y esto con todos los correspondientes anacronismos.

El hoy obispo de Ibarra, Ilmo. Sr. González Suárez, con el «Discurso sobre la Poesía en América», pronunciado cuando apenas salta de la adolescencia, abrió un rumbo claro a las inspiraciones nacionales. Juan León Mera ya había por entonces empezado la misma obra y la continuó hasta el fin; mientras el mismo autor del discurso precitado, con la magistral «Historia General del Ecuador», sobre tema tan propio y casero, ha seguido por un camino distinto del recorrido por apreciables historiadores ecuatorianos como Velazco, Cevallos, Herrera, etc.

Adelantan las letras y las artes, y los caminos que eran verdades, se ensanchan en vías reales, las que a su vez seguirán nutriéndose como arterias para esparcir nuevas ramificaciones de formas y maneras literarias.

El arte no es estacionario: sobre el camino de la lógica recibe el beneficio y lujo de estaciones sucesivas.

En el Ecuador, el género menos cultivado ha sido el didáctico-moral. Aparte de algunos artículos y discursos, entre los que se distingue el pronunciado por el Sr. Dr. Don Carlos R. Tobar en el Congreso Científico Latino-Americano de Buenos Aires de 1898, hasta la aparición de la «Educación Cristiana de la Juventud» del Presbítero Dr. Don Cornelio Crespo Toral, nada ha habido en la literatura ecuatoriana digno de mención y de constituir escuela.

El presente libro es único en su género, no sólo en el Ecuador sino en toda la literatura hispanoamericana, y me atrevería á decir que ni España posee en su riquísimo tesoro una obra de tan apretado y completo sistema, constituida, pudiera decirse, por un latente silogismo desde el prólogo hasta el capítulo final, amplio espacio por el que la ciencia del autor con cada uno de los pormenores traba la solidez de la obra, y su gusto la matiza con los primores del arte.

En la literatura didáctica, la ciencia, la poesía, la historia, todos estos y otros elementos sintetizados para la trascendencia de la obra, según la oportunidad lo aconseje y la belleza lo requiera, así como demuestran el tesoro de ilustración explotado por el autor, patentizan la mutua estrecha relación de los conocimientos humanos para la eficacia y primor de la obra literaria.

La didáctica y la oratoria necesitan, más que los otros géneros, un tesoro de honrado enciclopedismo; esto es, no del floreo superficial y pedantesco, sino de una consciente posesión de las respectivas materias.

Didáctica que alrededor del tema científico atrae pertinencias de ciencias y artes y erudición, aparece como un árbol robusto gallardamente alzado sobre la plebe de los matorrales; embellecido, atraente por las lianas que por sus ramas se balancean, por las orquídeas que entre ellas aspiran solitaria vida. En las selvas los más hermosos grupos de árboles son aquellos en que con un árbol rey se retinan las más rudimentarias, á primera vista, apariciones vegetales.—Es que hay unidad en el poder de una vida robusta que atrae, y protege; que recibe, y se embellece.

Ese musgo en la parte leñosa, ¿allí ha encontrado vida propia? Esa orquídea que apenas si recibe nada de aquel árbol; que parece quisiera volar con el primer viento, ¡tan desligada parece! Ha necesitado aire. Se ha puesto muy arriba, es algo como aquellos pensamientos que llaman «profundos» los preceptistas; pensamientos que, para ser comprendidos y dejar que se agoten sus perfumes, requieren se los trate arriba de lo rastroero, cercano á lo más espiritual.—¿Y esas ramas secas? Á través de su esqueleto descarnado se ve mejor cómo pasan los astros, cual la luz de la verdad entre severas enseñanzas.

Á maestros y á oradores debe dar tema de pensar un árbol de esos de nuestras selvas.

Con los arcos auxiliares de una sólida instrucción y de erudita variedad de conocimientos se presenta á enriquecer la litera-

tura ecuatoriana «La Educación Cristiana de la Juventud», obra del benemérito sacerdote cuencano Doctor Cornelio Crespo Toral.

Á poco de recibida la investidura de abogado, como el Doctor Crespo Toral había seguido á un tiempo los estudios de teología, él y otros dos jóvenes abogados, los Doctores Julio Matovelle y Adolfo Corral, recibieron juntos las sagradas órdenes de manos del nunca bien loado obispo de Cuenca Liño, Sr. Dr. Don Remigio Esteves de Toral. Á todos tres brindaba el mundo lisonjeras esperanzas, y el menosprecio que de ellas hicieron acrecentó prestigio y ejemplo para la carrera sacerdotal. Los tres, ya en la prensa, ya en el parlamento, ya en el apostolado particular, siguen conquistando terreno para el reinado de Dios¹.

El Dr. Crespo Toral invirtió lo mejor de su adolescencia y edad juvenil enseñando en el Seminario cuencano, del que fué rector varios años.

La atmósfera que desde un principio respiró ese espíritu tan ansioso de piedad cuanto ilustrado, fué el de la educación de los jóvenes. Preocupado del esmero que debía ponerse en ella, sus desvelos, la iniciativa de su bondadoso carácter y el celo por la gloria divina hicieron de él un apóstol de la juventud. El incienso en el altar, el libro abierto á los pies del crucifijo, así ha enseñado á vivir á sus discípulos, quien así empezó.

En la obra cuya segunda edición se presenta hoy al público, considerablemente adicionada y mejorada², no ha hecho sino compendiar y metodizar sus casi diarias lecciones orales á los jóvenes. No es sino una síntesis de ellas, y de sus discursos, cartas, escritos en periódicos, etc., el libro cuya segunda edición publica hoy la distinguida Casa Herder, de Alemania.

Lo más vivo ha quedado en lo rápido y caluroso de la oratoria juvenil. Las frases de improvisación ante un auditorio querido no pueden recogerse más tarde por el orador, cuando con ellas quiere hacer un libro: faltan la actualidad de ese auditorio, la correspondencia de miradas conocidas, lo unsono de ciertos corazones para los que latía el del orador: ha huido ya el espíritu que flotaba fecundo entre la palabra improvisada y la atención cautiva. Al orador que de lo hablado por él quiere hacer un libro le sobra papel, le fatiga la lógica, y le atormenta esa asfixia que nos queda

¹ Falleció en septiembre de 1904 el insigne autor de la presente obra el Revmo. Señor Canónigo Dr. D. Cornelio Crespo Toral.

² La primera es de Santiago de Chile (1901).

cuando nos ausentamos de corazones aprendices en las generosas efusiones de los nuestros.

Cuando se quiere desligar al hombre de los ineludibles vínculos sobrenaturales que le estrechan, es indispensable recordarle la divina genealogía de su linaje. Sólo así puede contrarrestarse el *humanismo*, sistema que por sí ni implica herejías ni engendra crímenes; pero que, condensando una atmósfera limitada al hombre hoy rey y no reinador sino hasta que le arrojen al sepulcro, limita la dignidad de la vida humana á las concepciones y soberbia del que muere y de los dolientes que le entierran, para, á su vez, ser enterrados. El humanismo es una especie de profesión de augures romanos, de quienes se cuenta que, al encontrarse se sonreían, burlándose de su mentida ciencia y de la fe que les prestaba la necedad de los profanos.

«Seréis como dioses»: con esas palabras de la primera tentación empiezan los anales del humanismo. Endiosarse á sí mismo, trazar las lindes de su dominio por cuanto vuelen las personales ambiciones, y cerrar los ojos á las luces del cielo, tal es el programa de este desvalido reino, que no por desvalido hasta el propio sarcasmo deja de crear vasallos y coronar tantos reyes cuantos son los que quieren oír la lisonja del «seréis como dioses».

En el humanismo, cada hombre es un centro para toda antojadiza circunferencia hacia lo infinito.

Por esto, al tender á la normalización de la vida, á reducirla á lo que ella es, á mostrarle los vínculos y la expansión de su libertad, sus responsabilidades y el campo de sus generosas conquistas, dentro de la atmósfera de lo sobrenatural; se trabaja tanto por la gloria de Dios como por el perfeccionamiento humano hasta su gloria final, líneas paralelas en la divina economía de la creación.

Este lógico y piadoso propósito es el que se desenvuelve en «La Educación Cristiana de la Juventud», alrededor de *Jesucristo*, centro de toda vida, llámese moral, política, artística, cósmica; pues alrededor de *Jesucristo* todo es concierto de almas, de pueblos, de corazones, de astros; porque *Jesucristo* «imagen perfecta del Dios invisible, es el primogénito de toda criatura», como dice San Pablo (Col. 1, 15), y «tiene el primado sobre todas las cosas» (Col. 1, 18).

Este libro lleva un método riguroso en su desenvolvimiento. Recorriendo desde el examen de la edad juvenil el éxodo de la

vida de estudio, de arte, de sociedad, de disciplina, concluye, como debía, con el arraigamiento del alma á la fe, conclusión fácil y filosófica preparada por la lógica de los antecedentes. Estudia y discute los más importantes problemas actuales planteados por el progreso de los tiempos en orden á la educación moral, sus derechos y obligaciones; y concluye con esta protesta de fidelidad que, tomada del libro de los Macabeos, resume la oración del alma fiel á su Dios en medio de la soberanía de la soberbia humana: *Etsi omnes gentes regi Antiocho obediant . . . et consentiant mandatis eius, ego et fratres mei obediemus legi patrum nostrorum.*—Aun cuando todos se sometan *al error*, yo y mis hermanos obedeceremos á la religión de nuestros padres (1 Mac. II, 19—20).

El Dr. Crespo Toral ha prestado un gran servicio á la causa de los derechos de Dios y de la dignidad del hombre, por más que la modestia que le es genial crea no haber hecho nada. El espíritu de Dios vive en el olvido de que á sí mismo se ciñe el esfuerzo humano; es luz que no se refleja sino en aguas tranquilas guardadas de los vientos del reclamo, insondables á la vanidad hurgadora de fango. «Vuestra modestia sea manifiesta á todos los hombres: el Señor está cerca...» (Phil. IV, 5).

¡Dichosos los que, como el autor de este precioso libro, patencian con su modestia la presencia del Señor!

Cuenca, septiembre 4 de 1902.

HONORATO VÁZQUEZ.

PRÓLOGO DEL AUTOR ¹.

Hace algún tiempo publiqué, en una revista de Cuenca² (Ecuador), varios artículos acerca de la educación cristiana de la juventud.

La corta vida que tuvo esa importante revista me obligó á suspender dicho trabajo, casi en su comienzo; pero, estimulado por personas respetables y persuadido de que una *pedra* más, por tosca que sea, sirve de algo en el vasto y hermoso edificio que los obreros intelectuales levantan diariamente en honor de la ciencia, resolví, no obstante mis escasas fuerzas, proseguir y terminar la principiada labor, para ofrecerla al público en un breve tratado.

En todo tiempo, especialmente en el actual, la educación de la juventud es de vital importancia para los pueblos, cuyo porvenir está íntimamente ligado con la buena ó mala formación del hombre en su edad primera. Por esto la Iglesia católica, madre solícita del individuo y de la sociedad, se preocupa vivamente con esta cuestión; y, por medio de sus sabias enseñanzas, del ministerio sacerdotal y de la prensa, difunde por todas partes la luz de la ciencia cristiana é inculca las buenas costumbres, fundamento de la buena educación.

Mucho se enaltecen en nuestros días los métodos y formas de enseñanza, hasta el punto de circunscribir de ordinario sólo á ellos la ardua labor del maestro; siendo así que la educación es el fin de la pedagogía y que la enseñanza sirve

á aquella únicamente de medio para realizar su noble intento. La instrucción es sólo parte de la educación, la cual tiene asuntos aun más importantes en que ocuparse y nobles ideales á que aspirar.

Como la educación se propone formar por completo al hombre, no puede prescindir ni de su fin supremo ni del orden moral. Por lo que la Iglesia, como única depositaria de las verdades reveladas y seguro guía del hombre en la consecución de dicho fin, tiene necesariamente que intervenir en la educación. Con su doctrina cierta y admirable ilumina el entendimiento y le auxilia mucho en su noble empeño de conseguir la verdad: también fortalece la voluntad y la estimula poderosamente en su laudable anhelo de practicar el bien. Excluir á la Iglesia de la ardua empresa de formar al joven, equivale á privarlo de su principal apoyo y á entregarlo maniatado al vaivén de los caprichos y las pasiones humanas.

Es innegable que sólo en la enseñanza católica encuentran solución acertada las cuestiones más trascendentales, relativas al origen, destino y prosperidad de los hombres y de los pueblos; y como la educación es una de ellas, debe ésta inspirarse en los principios de eterna verdad y aceptar el magisterio de la Iglesia.

Sabido es que el clero secular y muchos institutos religiosos se dedican á la enseñanza, á fin de formar generaciones ilustradas y virtuosas, y de contribuir con ello eficazmente al progreso humano.

El racionalismo ha declarado en nuestros días guerra tenaz á la Iglesia católica, hasta el extremo de excluirla de los establecimientos de educación, para arrancar la fe del corazón de la juventud: á tan pernicioso sistema se da el nombre de *instrucción laica*. «Es evidente», dice Benoit¹, «que el blanco principal del racionalismo es la *enseñanza laica*. Con ella triunfa efectivamente la razón, y se enseña á las nuevas generaciones el racionalismo, como se enseñó el Evangelio á nuestros padres. Si el racionalismo quiere el *mono-*

¹ Véase la nota 1 en la pág. XIII.

² «La Unión Literaria.»

¹ «La ciudad anticristiana en el siglo XIX».

polio universitario, la enseñanza obligatoria y gratuita, es principalmente con el fin de obtener que los niños reciban la enseñanza laica.»

Para impedir tan grave mal, no cesa la Iglesia de advertir á los padres de familia y á los jefes de los Estados, sobre todo por boca de los Sumos Pontífices, el inmenso daño que causa á las sociedades doméstica y civil la educación irreligiosa ó indiferente. Pío IX decía en una de sus más célebres encíclicas¹: «Se esfuerzan los impíos en eliminar enteramente de la educación la doctrina y el influjo saludable de la Iglesia católica, así como, con toda clase de errores y de vicios, inficionar y corromper miserablemente las almas tiernas y flexibles de los jóvenes. Porque, en efecto, cuantos tratan de perturbar la Iglesia y el Estado, de destruir el buen orden de la sociedad y de aniquilar todo derecho divino y humano, han dirigido siempre los esfuerzos de su maldad contra la inexperta juventud, á fin de engañarla y depararla, y han puesto todo su empeño en corromperla.»

El sapientísimo León XIII, desde los primeros días de su glorioso pontificado, ha proseguido la noble tarea de sus predecesores y recomendado con toda eficacia la formación cristiana de la juventud. En la encíclica dirigida á los obispos de Hungría, en 1886, dice: «Se desean y reclaman de todas partes las escuelas llamadas *laicas ó neutras*, con el fin de que los alumnos crezcan en una completa ignorancia de las cosas santas y sin el menor cuidado de la religión. Siendo este mal más lato y mayor que los remedios empleados para contrarrestarlo, vese surgir una generación indiferente hacia los bienes del alma, ignorante en la religión y á menudo impía... No ceséis de advertir á los padres de familia que no permitan á sus hijos frecuentar las escuelas en que corre peligro la fe cristiana; procurad también que no falten escuelas recomendables por la excelencia de la educación y la probidad de los maestros, y que éstas dependan de vuestra autoridad y se hallen bajo la vigilancia del clero. Queremos que esto se realice no sólo en las escuelas elementales, sino

¹ Encíclica *Quanta cura* (1864).

también en aquellas en que se estudian las bellas letras y las altas ciencias.»¹

«No sin temor», añade en otra encíclica, «dirigimos nuestras miradas al porvenir pensando en el cúmulo de males que nos amenazan, los que en germen son depositados en el corazón de la infancia. Sábese muy bien lo que son las escuelas públicas en que no se da ingerencia alguna á la autoridad de la Iglesia, y se impone silencio á la voz de la religión, en la época en que es más necesario acostumbrar las almas tiernas de los niños á los deberes de la vida cristiana. Los de más edad corren mayor peligro; á saber, el acarreado por una enseñanza perniciosa que, en vez de iniciar á la juventud en el conocimiento de la verdad, la infatúa con la falacia de las doctrinas.»²

Muchos libros importantes se han publicado acerca de la educación cristiana de la juventud y del método que ha de emplearse para el provechoso cultivo de los varios ramos del saber humano³. Sobre todo Fenelón, Dupanloup, Lacordaire,

¹ «Adamantur atque expetuntur passim scholæ quas appellant *neutras, mixtas, laicales*, eo nimirum consilio, ut alumni in summa sanctissimarum rerum ignorantie nullaque religionis cura adolescent. Eiusmodi malum quia et latius et maius est quam remedia, propagari sobolem videmus bonorum animi incuriosam, religionis expertem, persepe impiam... Interea pergit etiam atque etiam patres familias monere, ne a liberis suis eos celebrari patiantur discendi ludos, unde fidei christianæ iactura metuetur: simulque efficit, ut scholæ suppetant sanitæ institutionis et magistrorum prohibite commendabiles, que auctoritate vestra et cleri vigilantia gubernentur. Quod non solum de scholis primordiorum, sed etiam de litterarum maiorumque disciplinarum intelligi volumus» (Encycl. *Quod multum*, d. d. 22 Aug. 1886).

² «Nec licet sine metu futura prospicere, quia nova maiorum semina continenter velut in sinu congeruntur adolescentis ætatis. Nostis morem scholarum publicarum: nihil in eis reliquitur ecclésiasticæ auctoritatis loci: et quo tempore maxime oportet tenerissimos animos ad officia christiana sedulo studioseque fingere, tum religionis præcepta plerumque silent. Grandiores natu periculum adeunt etiam maius, scilicet a vitio doctrinæ, que sepe est eiusmodi, ut non ad imbendam cognitione veri, sed potius ad infatuandam aleat fallacia sententiarum iuventutem» (Encycl. *Exeunte iam anno*, d. d. 30 Dec. 1888).

³ Mucho después de publicada la primera edición de esta obra, llegó á mis manos el precioso libro «Timoteo, ó Cartas á un joven teólogo», del Dr. *Francisco Heitinger*, en que el sabio teólogo y filósofo alemán trata varias

el Padre Riess, Mons. Baunard, Monfat, Charpentier, Goudé, Hernández, etc., han escrito magistralmente sobre esta materia; pero, como sus obras no se han popularizado bastante, y la doctrina de otros autores que tratan de un modo incidental del mismo tema está diseminada en no pocos libros, juzgo que será un tanto útil reunir en un tratado las enseñanzas de la sana filosofía, y en especial las de la Iglesia católica, en lo tocante á la formación intelectual y moral de la juventud.

Tal es el fin del presente libro, en el que nada nuevo encontrarán las personas ilustradas; pero cuya lectura puede aprovechar algo á los padres de familia (siquiera para recordarles los deberes que les impone la educación de sus hijos) y también á los jóvenes que, mediante el cultivo de sus facultades, aspiran á cumplir su hermosa misión en el mundo.

En vez de mis humildes conceptos, consigno de preferencia los de autores distinguidos, cuya doctrina me limito á transcribir varias veces, no por el deseo de manifestar erudición, sino con el fin de dar mayor peso y autoridad á lo que digo.

Para inculcar más algunas verdades de suma importancia, acumulo citas de escritores de mérito, tanto para dilucidar mejor la cuestión en que me ocupo, como para mostrar la uniformidad de sus pareceres.

Asimismo, por la conexión que tienen entre sí algunas materias, trato de ellas en diversos capítulos, y repito, tal cual vez, aunque en distinta forma, los mismos conceptos.

He dividido en dos partes la presente obra. En el primer capítulo de la *Primera Parte* expongo especialmente la doctrina, ó mejor dicho, los principios fundamentales de la educación cristiana; en los capítulos segundo y tercero, indico á quiénes corresponde el derecho de formar al niño, y señalo los medios que han de emplear para el debido desempeño de misión tan difícil. Desde el capítulo tercero hasta el sép-

de las cuestiones expuestas en mi trabajo. He cuidado de aprovechar en la presente edición de las luces de tan distinguido autor que merece ocupar puesto preferente entre los que han escrito sobre educación y enseñanza.

timo, sin prescindir del estudio de los principios, trato de las varias clases de educación, de los males que causa la educación irreligiosa ó indiferente, y hago algunas reflexiones acerca de la educación de la mujer. En los capítulos octavo y noveno expongo los derechos del Estado en la educación y hablo de la educación física. En los capítulos siguientes trato del amor al trabajo, del carácter y del estímulo, cualidades utilísimas con que la buena educación adorna al hombre desde la infancia, á fin de promover el mejor desenvolvimiento de sus facultades y el uso conveniente de ellas. Hablo también de la moral, que es la base de la educación, y del progreso, íntimamente ligado con aquélla y á cuya consecución dirigen con febril entusiasmo sus esfuerzos los individuos y los pueblos, siempre ansiosos de disfrutar en mayor escala de sus benéficos resultados. En una palabra, en la *Primera Parte* desarrollo las materias que miran al fondo de la educación, ó tienen con ella íntimo enlace.

En la *Segunda Parte* me ocupo en la enseñanza, ó sea en las materias ó estudios á que de preferencia se ha de dedicar el joven. En los primeros capítulos trato de los métodos de enseñanza, tan en boga en nuestros días; y en los siguientes de los principales ramos del saber humano, según su importancia, y del orden que ha de observarse en su cultivo. Hablo con alguna detención de la Biblia, de la filosofía y del arte, por ser ellas el blanco á que principalmente se dirigen hoy los ataques de la impiedad y del naturalismo, tan difundidos por desgracia en nuestros días.

No me he propuesto escribir un tratado didáctico de pedagogía, ni tampoco hablar de todo lo referente á educación é instrucción; pues tema tan vasto exigiría muchos volúmenes. Mi intento era exponer con la brevedad posible la doctrina más segura sobre los puntos fundamentales de la educación, así como sobre otros con ella relacionados. Cuanto digo va apoyado en la doctrina de los autores que he podido consultar, y en la experiencia adquirida con el trato y dirección de la juventud estudiosa.

La edad juvenil está llena de peligros é incertidumbres; y, sin embargo, de esta época de la vida depende en gran

parte la felicidad ó desgracia del hombre, en el tiempo y en la eternidad. Por lo mismo, prestan inapreciable beneficio á la sociedad eclesiástica y civil los que se dedican á la enseñanza y dirección cristiana de la juventud, elementos constitutivos de vitalidad en los pueblos.

Hoy, que se difunden por todas partes doctrinas perniciosas que se proponen *desecristianizar* la educación, es de suma importancia pregonar muy en alto los derechos de Dios en la escuela y manifestar que la instrucción religiosa y la práctica de la virtud son indispensables á la juventud para cumplir su glorioso destino, precaverse de los peligros que la rodean, adquirir sanas costumbres, triunfar en las luchas de la vida y prepararse para el buen desempeño de los cargos que se le confiarán después.

La formación de la juventud es *arma* muy peligrosa en manos del poder civil. Cuando la maneja debidamente y en la esfera que le corresponde, hace mucho bien á la sociedad; pero cuando la usa mal y ataca ó desconoce derechos ajenos, causa terribles daños á la familia cristiana y á la Iglesia misma.

Y que el Estado moderno tiende á apoderarse por completo de la formación del niño y á considerarla como un asunto de su exclusiva competencia, dependiente en todo de la administración pública, lo manifiestan las teorías que hoy se sostienen sobre el monopolio del Estado en la enseñanza elemental y superior, sobre la instrucción primaria obligatoria, sobre el derecho que se concede á él solo de establecer centros docentes, de intervenir en el régimen escolar y hasta en la aceptación ó rechazo de la enseñanza moral y religiosa. Estas funestas teorías, que en muchos pueblos han pasado al terreno de los hechos, son el origen de la formación deficiente y aun mala de la juventud, como también de la violación de los sagrados derechos que competen á la Iglesia y á los padres de familia en la educación de sus hijos.

Por esto, en mi trabajo procuro deslindar las atribuciones del Estado de las de la familia cristiana y de la Iglesia, en lo referente á la educación, para que se conozca á cuánto debe ceñirse aquél en lo que le corresponde, y cuánto debe

empeñarse en fomentar la acción de las dos últimas para el noble fin de formar el corazón del joven.

En estos tiempos de incredulidad y decadencia moral, conviene también recordar á cuantos se ocupan en enseñar y dirigir á la juventud, que ejercen un alto y difícil *ministerio* de arduos deberes, de asidua consagración y de grave responsabilidad ante Dios y los hombres. Al desinterés, al heroísmo, á la caridad, fuente de acciones recomendables y generosas, se van substituyendo en nuestros días el egoísmo, que ahoga todo sentimiento cristiano; el amor al placer, que enerva el espíritu; y la codicia, que hace inhíbil al hombre para las obras buenas. El positivismo, ó mejor dicho, *mercantilismo*, ha invadido el vasto campo de la actividad humana, y aun á la hermosa labor de la educación se dedican muchos por lucro únicamente y la miran como una especie de *granjería*. Palpando estamos los desastrosos resultados de tales extravíos y el descenso moral que han producido en los pueblos.

Necesario es, por lo mismo, enaltecer á la virtud y á la ciencia, medios eficaces de perfeccionar y engrandecer á los hombres y á las naciones. Y como la educación tiene por fin hacer al hombre virtuoso é instruido, su importancia es muy grande en las sociedades doméstica y civil.

Ajeno á toda pretensión literaria y deseoso sólo de difundir los sanos principios, hoy bastante olvidados, en lo tocante á la formación cristiana de la juventud, he emprendido este trabajo, en el que consigno el modo de pensar de escritores distinguidos y mis reflexiones personales, maduradas en el retiro y la meditación. Indudablemente hay muchos vacíos en el presente libro, originados de la deficiencia de mis conocimientos y de mi poca salud, que me impide trabajar con la asiduidad y energía que deseara.

Dos palabras más á los lectores. La benévola acogida que tuvo la primera edición de esta obra, me ha resuelto á emprender la segunda, en la que he suplido algunas de las deficiencias de aquella, siguiendo un plan más lógico y comprensivo. Con lo cual, si bien se ha extendido bastante mi trabajo, he podido tratar, en cambio, de nuevas é importan-

tes cuestiones, y amplificar otras de manifiesta utilidad, todo en la medida de mis débiles fuerzas.

En la *Primera Parte* he añadido algunos capítulos, refundido otros é indicado el rumbo de la enseñanza en los principales países de Europa y en los Estados Unidos. En la *Segunda Parte* he puesto al comienzo cuatro extensos capítulos que pueden formar por sí solos un breve tratado de *pedagogía cristiana*; y todos los demás, especialmente los relativos al arte y el de conclusión, han recibido considerables enmiendas y adiciones.

Mi intento en esta edición (en gran parte nueva), es ofrecer al público, sobre todo á los padres de familia y á los directores de la juventud, un estudio no sólo teórico sino también práctico acerca de educación y enseñanza, para lo que he acudido á varios libros de mérito, recientemente dados á luz y, ante todo á las afamadas revistas *Les Études* y *Razón y Fe*, escritas por doctos jesuitas franceses y españoles, cuya doctrina he adoptado de preferencia. Si tomo citas de autores heterodoxos, no es porque acepte todas sus opiniones ni recomiende la lectura de sus obras, sino para manifestar que ellos, cuando no los ciega la pasión sectaria ó extravían los malos hábitos, discurren con acierto, y aun reconocen la veracidad de la enseñanza católica y los inmensos bienes que ha hecho la Iglesia á los individuos y á los pueblos. *Fas est et ab hoste doceri.*

¡Plegue á Dios, cuyo poder transforma un grano de mostaza en árbol frondoso, bendecir este humilde libro, compuesto con el fin de promover de alguna manera la gloria divina y el bien de la juventud estudiosa, á cuya formación he consagrado los mejores años de mi vida!

CORNELIO CRESPO TORAL.

ÍNDICE.

	Pág.
Aprobaciones eclesiásticas	V
Algunas cartas laudatorias	VIII
Al Lector, por el Sr. Dr. Honorato Vázquez	XI
Prólogo del Autor	XVI
Introducción	I

PRIMERA PARTE.

LA EDUCACIÓN PROPIAMENTE DICHA.

Cap.		
I.	Principios fundamentales de la educación	9
II.	Derechos de Dios y de la Iglesia en la educación	31
III.	Derechos de la familia en la educación	39
IV.	Varias clases de educación	50
V.	La educación secundaria y superior	77
VI.	La educación irreligiosa y la indiferente	97
VII.	La educación de la mujer	107
VIII.	Derechos y deberes del Estado en la educación y en la enseñanza	131
IX.	La educación física	161
X.	Deberes del joven en su propia educación	187
XI.	La moral y el progreso	204
XII.	El trabajo	223
XIII.	El carácter	238
XIV.	El estímulo y la gloria	251

SEGUNDA PARTE.

LA ENSEÑANZA.

I.	De la enseñanza en general	279
II.	De los modos, métodos y procedimientos de enseñanza	320
III.	Gobierno y disciplina escolar	380

Cap.	Pág.
IV. Los colegios de niñas	423
V. Los conocimientos humanos	463
VI. Estudios religiosos. — La Biblia	471
VII. La Biblia (conclusión)	487
VIII. Los santos Padres, los Apologistas y los Oradores sagrados	509
IX. Las ciencias	525
X. La Filosofía	549
XI. La Filosofía (conclusión)	570
XII. La Historia	592
XIII. El arte y la belleza	618
XIV. El arte y el cristianismo	650
XV. El arte y la moral	669
XVI. La literatura	686
XVII. Resumen y suplementos	713

INTRODUCCIÓN.

I. Épocas de la vida humana. — 2. Importancia de la edad juvenil. — 3. Sus cualidades y defectos. — 4. Fin de la presente obra.

I. **Épocas de la vida humana.** — Cada una de las épocas de la vida humana tiene fisonomía especial é importancia relativa. La primera y más encantadora de ellas es la niñez, en que el hombre, ignorante de la fatídica ciencia del mal, no mira el mundo sino á través de ensueños deliciosos, y recogiendo de la vida sólo las flores se aduerme tranquilo en el regazo materno. El alma del niño, pura como la luz de los cielos, es morada de Dios y asiento de la inocencia: en el mirar dulce y apacible revela el niño que su corazón no experimenta aún luchas; y en la serenidad de la frente, en la graciosa sonrisa de los labios muestra la virginidad del albedrío, sin el presentimiento del dolor y de la duda, esfinges que aguardan al hombre cuando despierta al conocimiento y á la posesión de su libertad.

«La niñez es un renacimiento del hombre, la primavera de la vida, la humanidad que revive, consolando y regocijando á la humanidad que muere», dice un ameno escritor de nuestros días. «El niño es la inocencia. . . . Su alma es enteramente blanca . . . y á nuestras almas manchadas esa alma pura nos trae á la memoria la hora deliciosa en que nosotros también ignorábamos el mal, en que nuestros corazones, limpios como el agua de los grandes lagos, desconocían el rugido de la borrasca. El niño es la sencillez confiada y tranquila, y le amamos como un antiguo recuerdo, nosotros á quienes las experiencias de la vida han conducido á todas las desconfianzas, y que no damos un paso sin ponernos en

guardia contra las sorpresas, las asechanzas y las traiciones. El niño es la esperanza, y la esperanza es la última tabla á que se aferran vuestras almas en el naufragio de las felicidades de este mundo. Todo eso, todos esos pensamientos, todos esos contrastes flotan en nuestro espíritu á la vista del niño, y nos producen una impresión vaga, misteriosa y dulce que nos encanta.»¹

Mas las horas envidiables de la infancia pasan pronto; y al clarear el alba de la razón, siente el hombre la primera acometida de las pasiones, y aparece á sus ojos el vasto horizonte del mundo con halago y seducción. «Para el agua que corre y para el hombre que pasa, sólo hay un lugar y un momento de pureza absoluta: el manantial y la infancia. Así como el río corre y oculta en el fango de su lecho inmundicias y cadáveres, también el alma, aun entre los menos culpables, está llena de vergonzosos secretos.»²

Después de la niñez viene la juventud, tiempo de formación, de osadía é incertidumbres, en que el hombre ansía la gloria, sueña con el porvenir, se lanza en pos de lo desconocido y se conmueve á impulso de encontrados afectos y deseos. Sin conciencia muchas veces del movimiento, se agita siempre, impresionado por la oculta energía del afecto y á la eléctrica corriente de sus amados ideales. «La juventud es la expectativa de la felicidad, y de la felicidad absoluta, completa, absurda. . . . Mañana (piensa el joven en sus adentros) estallará la guerra en que llegaré á ser el héroe ecuestre y victorioso á quien de rodillas presentarán las llaves de la ciudad. . . . Mañana imaginaré el plan y escribiré los primeros versos del poema ó del drama que debe hacerme inmortal. ¡Amor, gloria, genio! Aquel que no os ha soñado, ¿qué digo?—ardiente y locamente esperado, ¿puede pretender que ha sido joven?»³

«El juventud es la más hermosa de las flores de la tierra, es una fuerza ascendente que comunica á todos los movi-

¹ *Victor van Tricht*, Los niños de la calle.

² *Francisco Coppée*, La bonne souffrance.

³ *Francisco Coppée* l. c.

mientos una actividad interior, una vivacidad de impresión, una facilidad y una velocidad que se encuentran lo mismo en las funciones del alma que en los resortes corporales. Por eso exclama el Salmista: «¡Oh Dios de mi juventud! No el Dios del presente, sino el Dios del pasado es el que invoca entonces; porque David pensaba en aquella juventud del alma cuya ausencia es un castigo y nunca una necesidad.»¹

Á la juventud sigue la edad viril. El hombre, sosegadas las pasiones y en pleno desarrollo físico é intelectual, piensa con madurez, trabaja con ahinco, se esfuerza en cumplir la misión á que se cree llamado y entra de lleno en las faenas de la vida. En esta edad, «reconoce la mediocridad de la vida, se da cuenta de que sólo es bueno lo honesto, que todo goce va seguido de amargura y de hastío, que el objeto (el ideal) retrocede sin cesar ante el esfuerzo. . . . Sin embargo, la vida le parece aún sabrosa, pero como una fruta calentada por el sol de septiembre. Está perdido, y para siempre, ese frescor del alma que hace las sensaciones comparables con las cerezas arrancadas de la rama y comidas bajo el árbol muy de mañana, cuando todavía están empapadas en el rocío de la noche. Por momentos se subleva, se indigna el hombre de que el poder de la esperanza y de la ilusión se hayan debilitado tan pronto; y como para consolarlo, por un instante, á cada nueva primavera penetra en él un poco de juventud, por accesos inesperados, por repentinatas bocanadas.»²

Llega por fin la ancianidad, fría y desconfiada. Palpa el hombre la vanidad de cuanto existe, juzgando de las cosas con criterio que, de imparcial, raya aun en pesimista. Á la par que decaído el cuerpo tiende al sepulcro, el alma no despliega ya las alas sino para tender al ocaso.

«El anciano es como un avanzado centinela sobre las fronteras de la vida; el sueño está reñido con sus párpados; parece encontrarse en aquella solemne vigilia del neófito el

¹ *Mme. Sweetchine*, Obras escogidas: De la piedad en el cristianismo.

² *Francisco Coppée* l. c.

día antes de armarse caballero. El silencio de todas sus pasiones le hace más sensible al menor ruido; su mirada es rápida y perspicaz, porque la experiencia es como una segunda vista que descubre en lo que se ha visto, todo lo que se verá.

«El anciano es el verdadero pobre de Jesucristo: sus arrugas son sus andrajos; pide vigor á los resplandores celestes y mendiga su pan cotidiano.... La vejez es el sábado santo de la vida, víspera de la resurrección gloriosa, mañana radiante que sucede á todos los quebrantamientos de la tierra y á todos los suplicios de la cruz. Como el labrador de que nos habla Santiago el Mayor, el anciano, *con la esperanza de recoger el precioso fruto de la tierra, aguarda pacientemente que Dios envíe las lluvias de la primera y de la última estación* (Santiago V, 7). ... La vejez, en una palabra, representa al pasado, la juventud al presente y la infancia al porvenir....»¹

2. Importancia de la edad juvenil. — Entre todas las edades de la vida, ninguna ejerce influencia tan decisiva en la suerte del hombre como la juvenil: en ella, en efecto, se adquieren los hábitos, se forma el carácter y se prepara el porvenir. Por esto, la Sabiduría divina dice, con profunda verdad: *Lo que el hombre no juntó en su juventud, tampoco lo ha de hallar en su vejez*².

La juventud es tiempo de transición; y de la buena ó mala senda que recorra, depende la felicidad ó ruina del hombre: casi todos los hechos grandiosos y las revoluciones devastadoras nacieron al calor de cabezas escolares.

3. Cualidades y defectos de la juventud. — La edad juvenil tiene, como las demás, cualidades y nobles aspiraciones, así como defectos y malos instintos. El joven es generoso, intrépido ante los peligros, desinteresado, amante de la gloria y de las empresas heroicas; pero también es falto de prudencia y de madurez, inconstante para la práctica del

¹ Mme. Swetchine, Tratado de la vejez.

² «Que in iuventute tua non congregasti, quomodo in senectute tua invenies?» (Ecclesi. xxv, 5.)

bien é inclinado á los goces sensibles. Por tanto, necesita el hombre preferente cuidado en esta época de la vida, en que navega entre vientos contrarios y en medio de olas de tempestad.

«Hay una edad en la vida», dice Mons. Dupanloup¹, «á la que un antiguo atribuía las propiedades del fuego; porque, á semejanza de este elemento, se halla sin cesar en actividad y no conoce reposo; una edad en que se piensa sin regla y se reflexiona sin aplomo, en que la imaginación ardiente y las pasiones excitadas parece que reclaman el derecho de decidir por sí solas todos los destinos del porvenir.

«En esa edad temible las pasiones, despertándose de súbito en el corazón de la juventud, amenazan levantar esas fieras tempestades que agitan profundamente y á veces destruyen para siempre la virtud, mientras que, por su lado, el mundo nada descuida para tener siempre tendidas sus redes al joven inexperto, para inspirarle amor á los placeres y excitar en su alma las más peligrosas inclinaciones.»

4. Fin de la presente obra. — Mi intención en este libro es suministrar algunas reflexiones serias á los padres de familia, sobre quienes pesa el deber de educar á sus hijos, como también estimular al cumplimiento de su misión á la juventud que, por su talento y otras prendas, está llamada á ocupar alto puesto en la sociedad. Para que ella se ponga en condiciones de llenar su noble destino, debe ser educada con esmero, debe amar el trabajo, tener carácter, patrocinar las nobles causas, dedicarse á ocupaciones y estudios provechosos.

Es obra de conveniencia y necesidad dirigir la palabra á las turbas entusiastas y soñadoras que llenan los colegios é invaden la plaza pública, pidiendo el primer puesto en los comicios y en las asambleas, y constituyen la actividad social, el elemento enérgico, sobre el que la enseñanza y la palabra influyen eficazmente, mediante la dirección y el con-

¹ El matrimonio cristiano.

sejo. La mejor disposición, la más favorable en la juventud para poder encaminarla y reducirla á los términos de la moderación y el sacrificio de los apetitos, es su misma violencia y arrogante energía; condiciones preciosas, para que una educación discreta imprima en materia tan dócil el sello de la verdadera grandeza, que conduce á la honradez, á la gloria, al heroísmo, al progreso, al desarrollo armónico, en fin, de las facultades humanas.

PRIMERA PARTE.

LA EDUCACIÓN
PROPIAMENTE DICHA.